

LA SIRENA BARRADA

Érase una vez un país en el que los hombres no conocían la existencia de las sirenas. Por eso aquel día nadie imaginaba de dónde podría venir el dulce y anonadante sonido que envolvía el puerto. Sirena, que así se llamaba el extraño ser, daba vueltas y vueltas bajo las aguas del embarcadero. Pero nadie la veía. Ella no quería mostrarse. Su pretensión era hechizar con su canto a algún marinero para que, siguiendo la cautivadora melodía, se adentrara con ella en la mar oceánica hasta esos sitios ignotos que sólo conocen las sirenas. Y luego...

Dicen los más viejos, que estos encantadores seres son hermafroditas y viven en un equilibrio ideal mujer-pezuca toda su vida. Sin embargo, Sirena se había inclinado por los hombres, debido, quizás, a una variación brusca del nivel salino de las aguas.

Viendo que el cántico que se traía no surtía el efecto deseado, decidió seguir su nuevo instinto e inteligencia natural. Pensó que para atraer a estos hombres de mar debía utilizar el truco de los peces. Aprovechando que miraba hacia ella Marín, que así se llamaba el más atractivo, uno que tenía tatuado en el pecho los pechos de una mujer, decidió nadar boca arriba, en círculo, mostrando lo que parecían ser dos peces globo con los hociquitos hacia arriba, a la vez que con su cántico conseguía el máximo nivel de obnubilación mental de Marín. Éste, que había estado ausente tres meses en la campaña del bacalao, como única opción disponible en su cabeza, vio dos pezones. No lo dudó. Desató su barca, descorrió la lona protectora que llevaba sobre el armazón de barrotos, y remó desafortadamente hacia la magnética imagen, hasta perderse en el carrusel de ocres del atardecer.

Cuando el hombre volvió en sí, no supo calcular el tiempo transcurrido. Tampoco sabía dónde estaba. A su alrededor, el horizonte era siempre cielo y agua. Empezaba a angustiarse. Sorprendido, vio delante de él una figura borrosa que le decía:

-¿Qué haces aquí perdido en la utopía de tus ilusiones persiguiendo quimeras?

Quedó pensativo, cabizbajo. Fue con ese ángulo de mirada con el que redescubrió el dibujo de su pecho. En ese momento recordó las dos prominencias